MENÉNDEZ Y PELAYO DE SANTANDER A BARCELONA

Discurso pronunciado en el acto de entrega del IV Premio «Menéndez Pelayo», Santander, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 26 de junio de 1990.

En el verano de 1872, acabado su primer curso de estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, Marcelino Menéndez y Pelayo, joven de dieciséis años, volvía a Santander para pasar las vacaciones con la familia. Hacía el viaje en tren en compañía de su amigo Faustino Díez Gaviño, quien cursaba en Barcelona la carrera de ingeniero industrial. El sistema ferroviario les obligó a ir primero a Madrid, y de allí tomar otro tren que les llevara a Palencia, donde debían subir a otro que les dejaría en Santander. Desde Madrid el viaje era de noche, y como Marcelino no podía dormir con el traqueteo del tren, prometió a su amigo, que se durmió profundamente, que lo despertaría al llegar a Palencia. Pasaron las horas y entró el revisor, quien al compulsar sus billetes, les dijo que habían dejado atrás Palencia, que tenían que apearse en la primera estación y encaminarse, a pie y de madrugada, a aquella ciudad para alcanzar el «mixto» que los llevaría a Santander.

Faustino Díez Gaviño reprendió a su compañero por haberse dormido. Marcelino Menéndez y Pelayo, avergonzado y compungido, le contestó que no se había dormido en absoluto, sino que viajaba tan distraído y ensimismado que no se dio cuenta de la parada en Palencia. De ello, aclaró, tenía la culpa

Homero, porque el joven estudiante de Letras montañés, para entretener las largas horas del viaje, se había entregado al ejercicio de repetir de memoria el primer canto de la *Ilíada* en griego, pero al revés, o sea, empezando por el último verso y progresando a la inversa hasta llegar al primero.[1]

Menéndez y Pelayo, a sus dieciséis años, y después de haber seguido un solo curso de griego, no tan sólo se sabía de memoria los 611 hexámetros del primer canto de la *Ilíada,* sino que era capaz de repetirlos al revés, ejercicio realmente inaudito y que exige un extraordinario poder de retención, pues recitar un poema a la inversa, aunque sólo sean los catorce versos de un soneto, no puede hacerlo sino quien está dotado de una retentiva prodigiosa y nada común.

Esta anécdota de la juventud del gran montañés da pie a muchas reflexiones. Es, evidentemente, una prueba más de la portentosa memoria de Menéndez y Pelayo, hecho bien reconocido y siempre ponderado, incluso con estupefacción. Pero los que hemos vivido largos años de docencia soportando a pedagogos, pseudopedagogos y a estudiantes mediocres negándose a admitir que son muchas las cosas que hay que aprenderse de memoria, abominando de lo que llaman exámenes memorísticos y burlándose de aquellos que repiten las lecciones «como un loro», nos damos cuenta de lo imprescindible que es la potencia del alma llamada memoria, base ineludible de todo conocimiento científico, que no pueden suplir unas máquinas ante las cuales a muchos se les cae la baba «porque tienen memoria», y llegamos a la conclusión que vale más repetir una lección como un loro que repetirla como un asno.

A sus dieciséis años, pues, Menéndez y Pelayo ya había aprendido el griego que necesitó durante toda su carrera. Un plan de estudios universitarios, que ahora nos parece inteligen-

---

[1] N. Alonso Cortés, *Menéndez Pelayo visto por Villergas,* «Revista de Filología Española», XXVII, 1943, pp. 418-423. Gaviño, estudiante de ingenieros, sólo recoge que Marcelino recitaba la *Ilíada*; pero lo cierto es que durante muchos años fue costumbre en la cátedra de Lengua Griega de Barcelona obligar a los alumnos a aprenderse de memoria el primer canto de la *Ilíada* en griego.

tísimo, daba en su época, así como también en otras más recientes, la primacía imprescindible en un país culto al conocimiento de las lenguas clásicas y a la formación humanística. Pero ello no era suficiente para el gran maestro montañés, quien, en 1887, al prologar la traducción castellana de la inolvidable gramática griega de Curtius, escribía lo siguiente: «No quiero pecar de pesimista ni entregarme aquí a inútiles lamentaciones. La genialidad española tiene tal fuerza y brío que rompe por donde puede, y brilla y da muestra de sí a pesar de todas las torpezas oficiales. Relegada hoy la enseñanza de la lengua de los helenos al estrecho recinto de la Facultad de Letras, cuanto más estrecho y más humilde y más ignorado del vulgo, tanto más dulce al alma de los que en él nos hemos criado y en él pensamos morir; circunscrito a las paredes de siete universidades, en la más concurrida de las cuales nunca se eleva el número de los cursantes de griego mucho más allá de treinta, no parece sino que ha cobrado fuerzas por el mismo abandono y desdén con que en las altas esferas se le ha mirado. Dos cursos de lengua y uno de literatura griega es todo lo que se exige al estudiante español de Letras para aspirar al título de Licenciado. Pues bien, causa asombro el fruto que en tiempo tan exiguo y en condiciones tan absurdas logran sacar nuestros profesores, de alumnos, que al pisar las aulas universitarias, no traen más que algunas nociones de latín mal aprendido, y a los cuales es preciso inculcarles hasta los rudimentos del método lingüístico».[2]

Marcelino Menéndez y Pelayo llegó por vez primera a Barcelona en septiembre de 1871, cuando la ciudad celebraba con festejos la visita del rey Amadeo I. Se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras, que entonces contaba con 104 alumnos, y en aquel curso de 1871-1872 quedó inscrito en las asignaturas de Principios de Literatura General y Literatura Española que explicaba Manuel Milá y Fontanals, de Literatura Latina, a cargo de Jacinto Díaz, de Lengua Griega, profesada por Antonio

---

[2] J. Curtius, *Gramática griega elemental*, traducción de E. Soms y Castelín, prólogo de M. Menéndez y Pelayo, Madrid, 1887, p. XIII.

Bergnes de las Casas y de Geografía Histórica, que exponía Cayetano Vidal y Valenciano, y asistió a las lecciones de Filosofía que daba Francisco Javier Llorens y Barba, que moriría aquel mismo año. En el curso de 1872-1873, ya establecida la Universidad de Barcelona en el gran edificio de la Plaza de la Universidad, que todavía ocupa, en una ciudad convulsionada por desórdenes y por la tercera guerra Carlista, Menéndez y Pelayo se matriculó en Lengua Hebrea, cátedra profesada por Mariano Viscasillas, en Literatura Griega, por Jacinto Díaz, y en Historia Universal, por Joaquín Rubió y Ors.[3] La costumbre, tan arraigada en Cataluña, de unir el apellido paterno con el materno con la copulativa —Milá y Fontanals, Llorens y Barba, Rubió y Ors, etc.— influyó sin duda en el joven montañés, quien durante toda su vida firmó sus autógrafos y sus libros Marcelino Menéndez y Pelayo, copulativa que, por razones inexplicables y nunca justificadas, se le ha escatimado modernamente, incluso en la llamada Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo y en la intitulación de esta dignísima Universidad montañesa.

La anécdota con que he iniciado esta disertación acredita al joven Menéndez y Pelayo como un buen conocedor del griego. Le enseñó esta materia, para él nueva, Antonio Bergnes de las Casas, gran figura del helenismo español, que asombraba a todos cuando improvisaba discursos en correctísimo griego y que publicó muchos libros de gramática y de enseñanza de la lengua y la literatura griegas. Con Bergnes se abrió en la Universidad de Barcelona una sólida tradición de la enseñanza del griego, pues le sucedieron en la cátedra el gran filólogo José Balari y Jovany, Luis Segalá y Estalella, tan conocido por sus traducciones de Homero, y el gran poeta Carles Riba, con quien esta tradición clásica confluyó con la Fundació Bernat Metge, empresa patrocinada por Francisco Cambó y que hoy todavía mantiene su vigor y su prestigio.

---

[3] Véase A. del Castillo Yurrita, *La Barcelona de Menéndez y Pelayo*, en «Conferencias pronunciadas con motivo del centenario de Marcelino Menéndez y Pelayo», II, Universidad de Barcelona, 1956.

La gran importancia cultural de Bergnes de las Casas se debe también a su notabilísima labor como editor e impresor de libros, y en la empresa de su propiedad y que dirigía personalmente, publicó, en 1828 y 1875, más de doscientos cincuenta libros de historia, geografía, religión, aprendizaje de lenguas, gramáticas y diccionarios y literatura clásica o la entonces más nueva en Europa, y baste recordar la edición de varias obras de Cervantes, Walter Scott, Chateaubriand, Manzoni, el *Werther* traducido por Mor de Fuentes, y revistas literarias tan importantes como *El vapor* y *La abeja.*

Al curso de Lengua Griega de Bergnes de las Casas, que era entonces Rector de la Universidad de Barcelona, asistió Menéndez y Pelayo, quien, en 1872, obtuvo sobresaliente en esta asignatura, pero cuando optó al premio ordinario no lo consiguió y fue adjudicado a dos compañeros suyos hoy totalmente desconocidos.

Toda su vida Menéndez y Pelayo recordó con admiración, respeto, gratitud y cariño a sus maestros de la Universidad de Barcelona Milá y Fontanals, Llorens y Barba y Rubió y Ors. En cambio, en la ingente obra de nuestro polígrafo jamás aparece la confesión de que Bergnes de las Casas hubiese sido maestro suyo ni encontramos ningún elogio a tan notable helenista. Una de las pocas veces que lo menciona es en el citado prólogo a la *Gramática* de Curtius, donde, en un brillante y pormenorizado panorama de la filología y del helenismo españoles, encontramos estas displicentes líneas dedicadas a quien siempre se obstinó en no recordar que fue su maestro: «La [Gramática] de Bergnes de las Casas, trasunto del método de Burnouf, que en Francia misma, donde nació, está completamente olvidado».

Pero el sabio helenista y editor romántico Antonio Bergnes de las Casas, aunque murió en noviembre de 1879 en el seno de la Iglesia Católica, vio con simpatía el protestantismo y a los cuákeros y es muy posible que estuviera en relación con George Borrow, «don Jorgito el Inglés», divulgador de las publicaciones de la Sociedad Bíblica de Londres por la Península Ibérica, y, con más seguridad, con el cuákero madrileño Luis

Usoz del Río, del que escribió Menéndez y Pelayo en los *Heterodoxos,* que «toda la vida gastó en este absurdo propósito de hacer protestante a España».[4] En la empresa editorial de Antonio Bergnes se había publicado en 1836 la traducción catalana protestante del Nuevo Testamento, hecha por José Melchor Prat, libro que lleva este tan significativo pie de imprenta: «Barcelona, imprès per la Societat Inglesa y Estrangera de la Biblia en la estampa de Anton Bergnes». No debía ignorar esta publicación el joven estudiante Menéndez y Pelayo; y en 1872, cuando recibía sus lecciones de griego, vería con poca simpatía que su maestro publicara un libro por él escrito intitulado *La verdad sobre la República Federal.*[5]

Menéndez y Pelayo se enorgulleció siempre de haber estudiado en la Universidad de Barcelona, «a la que debí —escribía treinta y seis años después—, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos, menos distantes de lo que parece, se dividían el campo filosófico, y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino».[6]

Esta actitud y la ortodoxia a machamartillo e intransigente que no escondió desde su juventud, justifican, a mi entender, que no existiera ni relación afectiva ni comprensión ideológica entre el estudiante montañés y el viejo helenista catalán.

Un pequeño detalle revela que el firme temperamento y el inquebrantable patriotismo de Menéndez y Pelayo ya se hicieron notar en sus años de estudiante en las aulas barcelonesas. En julio de 1878, en plena Restauración, Menéndez y Pelayo se

---

[4] Edición Nacional, *Heterodoxos,* VI, p. 325.

[5] Para todo esto véase S. Olives Canals, *Bergnes de las Casas, helenista y editor,* Barcelona, 1947, principalmente pp. 40-41.

[6] Ed. Nac., *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, p. 134.

encontraba en vísperas de opositar a la cátedra de Literatura Española de la Universidad de Madrid, vacante por la muerte de José Amador de los Ríos. En esta ocasión Milá y Fontanals le escribió, desde su nativa Vilafranca, una carta en la que daba a su tan querido alumno consejos que en tales ocasiones hemos dado todos: «Supongo que estará V. estudiando, no los puntos favoritos, sino los en que es V. menos fuerte, pues no es posible que lo sea igualmente en todos». Y añade: «Además, creo que convendría que se presentara V. un poco menos clásico, y *tal vez* (no lo tome V. a herejía), un poco menos español. Digo *tal vez*, pues no todos pensarán como yo».[7]

Menéndez y Pelayo asistió a los cursos de Milá cuando éste estaba preparando la impresión de uno de sus libros fundamentales, *De la poesía heroico-popular castellana*, que, tras laboriosa y difícil impresión, apareció en junio de 1874. Es de creer que en las lecciones que dio el gran maestro catalán en el curso de 1871-1872 adelantara a sus alumnos algo del contenido de esta obra, que don Marcelino siempre elogió sin reservas; y así, al iniciar el estudio del romancero, afirmaba: «Tal es el plan que me he propuesto en este trabajo, plan que poco difiere, como se ve, del que trazó en su libro clásico sobre esta materia el Dr. Milá y Fontanals, mi venerado maestro, de quien puedo decir, repitiendo las palabras de Estacio en loor de Virgilio: *Longe sequor et vestigia semper adoro*».[8]

En 1908 Menéndez y Pelayo fue invitado a pronunciar una conferencia en Barcelona con motivo de los actos que en esta ciudad se celebraban en homenaje a Milá y Fontanals, actos en los que el gran polígrafo montañés ostentó la representación del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes Faustino Rodríguez San Pedro. Su conferencia, pronunciada en mayo en el Ateneo Barcelonés y en la Facultad de Filosofía y Letras, es una semblanza literaria intitulada *El doctor don Ma-*

---

[7] *Epistolari de M. Milà i Fontanals*, recogido y anotado por L. Nicolau d'Olwer, II, Barcelona, 1922, p. 175.

[8] Ed. Nac., *Antología de poetas líricos castellanos*, VI, p. 116.

nuel Milá y Fontanals, con lo que se mantiene fiel a la vieja tradición de la Universidad de Barcelona donde a los catedráticos se les sigue dando el tratamiento de «doctor». En esta conferencia el maestro es tratado por su antiguo discípulo con pasión y justicia, y tras unas palabras de elogio a Llorens y Barba, entra en materia así: «De otro gran maestro que entonces realzaba ante propios y extraños el crédito de esta Facultad de Letras quisiera hablaros a todo mi sabor, porque, no sólo penetré en su intimidad y recogí de sus labios la mejor parte de la doctrina literaria que durante mi vida de profesor y de crítico he tenido ocasión de aplicar y exponer, sino que fui honrado por él con tales muestras de estimación y cariño, que me dan algún derecho para contarme entre sus discípulos predilectos, si no por razón de mérito, a lo menos por beneficio de la fortuna... Tuvo el Dr. Milá el privilegio, a raros españoles de nuestros tiempos concedido, de que su nombre traspasase las fronteras y fuese dondequiera respetado como el de un varón docto y modesto». Trata luego del significado de Milá como romanista, como provenzalista, como folklorista y como historiador de la literatura catalana, y destaca su labor como estudioso de la epopeya medieval, tanto la francesa como la castellana, punto en el que enlaza justamente sus trabajos y sus descubrimientos con los de otro egregio investigador español: «Su método vale todavía más que sus conclusiones: éstas podrán ser modificadas en algún detalle, pero el procedimiento es seguro, infalible, casi matemático. Pudo equivocarse, y se equivocó alguna vez, por falta de datos, pero interpretó y combinó admirablemente todos los que poseía, y los hizo servir para una demostración luminosa, que un gran discípulo digno de él, el joven autor de *La leyenda de los Infantes de Lara,* ha reforzado y completado con importantes corolarios. Hoy, no sólo está reconocido por la crítica el concepto de epopeya castellana, sino determinado íntegramente el proceso evolutivo de sus formas. Precisamente el libro del señor Menéndez Pidal, antes aludido, viene a confirmar la tesis capital de Milá respecto a la derivación de los roman-

ces aplicándola a un caso en que el maestro la había sospechado, pero sin poder resueltamente afirmarla».[9]

Durante cerca de cincuenta años he explicado las mismas disciplinas que profesó Milá y Fontanals y en su misma Facultad y en las mismas aulas en las que él enseñaba y el joven estudiante montañés aprendía. Bien puede comprenderse la emoción y la alegría que me produce el hecho de que la Universidad que lleva su nombre me haya concedido el Premio Menéndez y Pelayo. Desde niño he admirado su obra, he aprendido muchísimo en sus libros, me ha fascinado su claridad expositiva y he envidiado su inalcanzable saber. El nos enseñó a todos que el estudio ha de ser constante e infatigable, que cada día, cada hora, se aprende algo nuevo y se afina el criterio, como sintetizó en aquellas tan certeras palabras: «El que empieza una obra no es más que un discípulo del que la acaba».[10]

Dámaso Alonso concluye su libro *Menéndez Pelayo crítico literario,* que se publicó en 1956 y fue injustamente recibido en algunos sectores, con unas frases con las que quiero yo también cerrar esta disertación: «Permítaseme que termine con una confesión personal: muchas veces me siento abrumado por la mole de la obra de don Marcelino. Cuando me represento su grandeza siento a algunas horas desánimo. ¿Merece la pena nuestro esfuerzo, hormiguitas que arrastramos nuestro grano de arena junto a la obra de la inmensa catedral que levantó un solo hombre? Pero no; esta es una idea pesimista e inmoral. Dios nos ha puesto ahí al lado ese portento: la obra de don Marcelino Menéndez Pelayo, para que tengamos a la mano un modelo que imitar y a la par un refreno de la soberbia (el gran pecado de los intelectuales). Modestos e incesantemente atareados, continuemos así su obra. Seamos así, verdaderamente, discípulos de don Marcelino».[11]

---

[9] Ed. Nac., *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* V, pp. 136 y 142.

[10] Ed. Nac., *Ideas estéticas,* V, p. 166.

[11] D. Alonso, *Menéndez Pelayo crítico literario (las palinodias de don Marcelino),* Madrid, 1966, p. 104.

Después de estas tan atinadas reflexiones de Dámaso Alonso, sólo me resta repetir mi gran satisfacción y mi profundísimo agradecimiento por haberme considerado que era digno del Premio Menéndez y Pelayo.

MARTÍN DE RIQUER